

# Entre la continuidad y el cambio: el ritual de la sucesión presidencial

LARISSA ADLER LOMNITZ\* Y FRIDA GORBACH\*\*

*Resumen: Hasta antes de 1994, al analizar el sistema político mexicano y compararlo con otros gobiernos de la región, no podía evitarse reflexionar acerca de por qué un solo partido ha detentado el poder durante tanto tiempo, manteniendo la estabilidad política. Al tratar de dar una respuesta analizaremos los procesos de sucesión presidencial, así como los mecanismos que lograban el cambio en la continuidad. De esta manera, nuestra idea es que los relevos de poder han sido un escenario de negociación entre quienes integran la clase política y entre éstos y el resto de los grupos sociales. En el marco de un ritual político dos mundos con distintas maneras de concebir la política y participar en ella han convergido. Hoy, cuando el principio de alternancia entre los distintos grupos de la clase política parece quebrarse, cuando ha cambiado la relación entre el ejecutivo y el partido, este trabajo no puede más que dejar abiertas nuevas preguntas: ¿cuál será el destino del partido en el poder?, ¿cómo reformulará su relación con los otros partidos y con la sociedad? y finalmente, ¿cuál será la nueva fórmula de gobernabilidad?*

*Abstract: At least until 1994, whenever one observed the Mexican political system and compared it with other Latin American regimes, the question invariably arose as to how a single party had managed to remain in power for so long and yet maintain political power. In an attempt to explain the persistence of the Mexican political system, we shall focus on the processes of presidential succession and analyze the mechanisms whereby change was achieved within continuity. In this respect, we maintain that the handing over of power has constituted a sphere of negotiation between members of the political class and between the latter and the various social groups. Within the framework of a political ritual, two worlds with different ways of regarding politics and participating in it have converged. Today, when the principle of alternating power between the various groups in the political class seems to have been destroyed, and when the relationship between the executive and the party has changed, this study can only raise further questions, such as what the destiny of the ruling party will be, how it will reformulate its relationship with other parties and society and finally, what the new formula for governance will be.*

## INTRODUCCIÓN

**P**OR LO MENOS HASTA ANTES DE 1994, cuando se observaba al sistema político mexicano y se le comparaba con otros regímenes de América Latina, surgía una pregunta inevitable: ¿cómo es que en México se ha logrado mantener la estabilidad política?, ¿cómo es que un solo partido ha permanecido tanto tiempo en el poder? En un intento por explicar la persistencia del sistema político mexicano, nos detendremos en los procesos de sucesión presidencial y analizaremos los mecanismos a través de los cuales se consigue el cambio dentro de la continuidad.

\* Dirigir correspondencia a Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y Sistemas, UNAM, Departamento de Modelación Matemática en Sistemas Sociales, apartado postal 20-726, admon. 20, Deleg. Álvaro Obregón, C.P. 01000, México, D. F., tel.: 622-35-94, fax: 616-26-70, e-mail: larissa@servidor.unam.mx.

\*\* UAM-X, Calzada del Hueso 1100, Villa Quietud, Xochimilco, C.P. 04960, tel.: 554-74-57, e-mail: rfrida@cueyatl.wam.mx.

En este sentido, sostenemos que los relevos de poder constituyen una arena de negociación entre los integrantes de la clase política<sup>1</sup> y entre éstos y los distintos grupos sociales. Asimismo, consideramos que esas negociaciones tienen lugar en el marco de un ritual político cuyo objetivo es delinear las formas para que dos mundos con distintas maneras de concebir la política y participar en ella converjan en una misma cultura política. Entonces, es en los procesos de sucesión presidencial donde tiene lugar la articulación entre la continuidad y el cambio y donde un discurso legal y modernizador se reencuentra con la práctica política de una sociedad tradicional.

En efecto, la sucesión presidencial es el espacio político primordial de la negociación entre los distintos grupos políticos y sociales,<sup>2</sup> y es particularmente el *destape*<sup>3</sup> el que condensa la complejidad del proceso de fragmentación y reacomodo de las relaciones de poder. En esos momentos, cuando culmina el poder del presidente saliente sin que el candidato del partido oficial sea aún su dueño, se expresa, como en ningún otro, la competencia por el poder: la inestabilidad amenaza, las relaciones entre las distintas fuerzas sociales se fragmentan, el partido negocia y, finalmente, se reinstitucionaliza el orden.

Con el propósito de controlar el cambio de gobierno y evitar la irrupción de la inestabilidad, en México el PRI celebra cada seis años un ritual. Esta ceremonia constituye el marco de contención del cambio, proporciona el formato para que los opuestos se reconcilien y el orden se legitime. Una serie de fases reguladoras, cada una de ellas delimitada en función de reglas y tiempos precisos, consigue que la clase política transite por el cambio de modo ordenado, al tiempo que procura que dicha clase establezca los acuerdos necesarios con las fuerzas sociales a fin de mantenerlas unidas bajo el mando del Estado. Así, a través de una secuencia de fases, el cambio se adapta a la continuidad y el candidato, como el máximo representante de lo que cambia y de lo que permanece, se convierte en el candidato idóneo, aclamado por la clase política y aceptado-deseado por la sociedad en su conjunto.

Si el ritual político del partido oficial tiene alguna especificidad, ésta radica en que ese *rite de passage* (ritual de paso),<sup>4</sup> a través del cual los grupos se ajustan a los cambios y se adaptan a las nuevas circunstancias, se levanta sobre una estructura de poder vertical y autoritaria y por encima de una sociedad corporativa y profundamente segmentada. En este caso, el ritual existe para construir un orden superior de integración capaz de instituir el orden y asentar repetidamente las relaciones de subordinación y dominación entre los diversos grupos (Lomnitz, 1974). A través de ese ritual el mundo de los individuos y el de los grupos colectivos ligados por lazos personales, clientelares y jerárquicos convergen, se comunican y articulan en

<sup>1</sup> Usamos el término clase política para hacer referencia a aquellos que participan activamente en la política nacional, especialmente a los que ocupan puestos en el gobierno o que pertenecen al partido.

<sup>2</sup> Sobre las sucesiones presidenciales véase el estudio de Burling, 1974.

<sup>3</sup> El *destape* es el momento más álgido del proceso sucesorio; a través suyo el presidente designa a su sucesor.

<sup>4</sup> Sobre el ritual, véase Turner, 1974 y 1980, Van Gennep, 1969 y Bourdieu, 1982 y 1991.

una misma cultura política amalgamadora del discurso legal y de las tradiciones populares.<sup>5</sup> Es más, la imagen de pirámide con la cual inevitablemente se asocia al sistema político mexicano determina la posibilidad misma de la existencia de ese ritual. Por eso, si de comparaciones se trata, lo que sucede en México cada seis años está más cerca de aquellos rituales que se celebraban en la Europa del siglo XVIII que los que actualmente tienen lugar en sociedades democráticas.<sup>6</sup>

Para acercarnos al funcionamiento del ritual mexicano partimos del material etnográfico recopilado en 1988 durante la campaña presidencial de Carlos Salinas de Gortari.<sup>7</sup> Esa campaña resulta especialmente interesante porque puede ser considerada la última de su tipo, la última campaña de un partido hegemónico (Nuncio, 1987). En la sucesión Miguel de la Madrid-Salinas de Gortari la fractura del partido y la consecuente formación de la Corriente Democrática permitieron imaginar lo que unos años antes resultaba inconcebible: el fin del PRI. Y al mismo tiempo, esa sucesión constituye una muestra de la vigencia de viejas prácticas políticas: en ella una serie de formas ritualísticas contribuyeron todavía a restablecer la unidad de la clase política, a la vez que configuraron el marco de negociación con los diferentes grupos sociales. Así, esa campaña resulta ilustrativa para mostrar cómo, a través del ritual sucesorio, la familia revolucionaria se unifica en su interior para salir después al exterior y reformular, en un frente común, el pacto que ha entablado con la sociedad a lo largo de los años.

En este ensayo, y en un intento por explicar la perdurabilidad del sistema político mexicano, nos aproximaremos, dentro del escenario de la sucesión presidencial, a los mecanismos de negociación que entablan el presidente, el partido y sus respectivos grupos de poder, y a los modos de articulación, tanto pragmáticos como simbólicos, de que se vale la negociación de una sociedad poco representada en el discurso formal. La intención es mostrar cómo una misma cultura política ha sobrevivido a los cambios; cómo el ritual reproduce, repetidamente, formas tradicionales de negociación. Ese particular interés explica que dejemos de lado otros mecanismos sin los cuales no puede comprenderse el funcionamiento del sistema político; nos referimos especialmente al papel que han desempeñado en la reproducción del sistema los distintos aparatos coercitivos y sus respectivas redes de poder.

El ritual es visto aquí un poco a la manera de una fotografía: la sucesión de 1988 recoge en un mismo momento las viejas tradiciones, al tiempo que muestra los ajustes hechos para adaptarse a las cambiantes circunstancias políticas. Sin embargo, aunque resulta difícil separar aquello que forma parte de una vieja tradición partidista de los nuevos modos ritualísticos, no por ello el ritual se convierte en una

<sup>5</sup> La idea de que en México existe una contradicción entre el individualismo y el holismo ha sido especialmente desarrollada por Guerra, 1988.

<sup>6</sup> Al respecto véase O'Gorman, 1992:79-115, quien afirma que el ritual político ocupa un lugar central en las sociedades predemocráticas donde no hay partidos bien conformados y donde propiamente no hay ciudadanos que puedan expresar su opinión a través de las elecciones.

<sup>7</sup> Un estudio introductorio al tema se encuentra en Lomnitz, Lomnitz y Adler, 1990.

práctica colocada fuera de la historia. Así, el trabajo está dividido en dos partes: la primera, que se pregunta acerca de la estabilidad del sistema político desde los mecanismos que propician la articulación entre la continuidad y el cambio, tiene como propósito establecer el marco de lectura de lo acontecido en 1988; su función es meter al ritual sucesorio, abordado en la segunda parte, dentro de una dimensión histórica.

#### ENTRE EL PRESIDENTE Y EL PARTIDO

##### *Un viejo acuerdo*

A fin de cancelar la posibilidad de que un hombre se perpetuara en el poder a la manera de Porfirio Díaz y para evitar que el cambio resquebrajara la estabilidad tal como había acontecido durante gran parte del siglo XIX, después de la Revolución mexicana se crearían instituciones firmes y mecanismos capaces de controlar el cambio de gobierno. El eje articulador del sistema ya no estaría en un hombre y sus redes de poder, sino en un *presidente* con amplios poderes legales y extralegales que ejercería directamente el gobierno y la administración pública, y que, indirectamente, controlaría los gobiernos de los estados y los poderes legislativo y judicial, y un *partido* que transferiría la lucha por el poder entre los distintos grupos a su interior.<sup>8</sup> El partido sería el encargado de asegurar la continuidad de la estructura de poder, de la burocracia partidaria y de los postulados ideológicos de la Revolución mexicana, mientras que el presidente, sometido al principio de no reelección, representaría el cambio de hombres, estilos y programas de gobierno. Así, un partido aglutinador de la mayor parte de las fuerzas políticas aseguraría la permanencia en el poder de la *familia revolucionaria*,<sup>9</sup> mientras que el presidente garantizaría el cambio de individuos en los máximos puestos políticos. De ahí que una de las claves para explicar la estabilidad política radique precisamente en los mecanismos que han garantizado la alternancia en el de poder de las distintas redes<sup>10</sup> que conforman el partido.

<sup>8</sup> Sobre el sistema político mexicano y sus piezas fundamentales, véanse Cosío Villegas, 1975; Furtak, 1978; Garrido, 1982; Lajous, 1979; González Casanova, 1981.

<sup>9</sup> Al parecer, el término empezó a utilizarse en los tiempos de Plutarco Elías Calles y designa a la élite gobernante surgida con la Revolución mexicana vinculada por relaciones de parentesco o de amistad establecidas ya sea en el campo de batalla, en las escuelas y universidades, en los cargos gubernamentales o en los negocios. Cabe señalar que definir a la clase política como una "familia" hace un parangón con el ejercicio tradicional de dominación de la estructura familiar mexicana.

<sup>10</sup> La red de poder constituye un sistema de articulación política que comprende varios niveles de representación y participación y cuyos miembros se promueven recíprocamente alrededor del interés común de conservar el poder. Nosotras usamos el término para referirnos a un grupo determinado de la clase política, porque consideramos que éste ilustra mejor las relaciones de amistad, parentesco, políticas o de negocios que ligan a sus miembros.

Efectivamente, en 1928 la alianza que dio forma al partido se componía de una red de caciques locales, a la que se fueron incorporando los pequeños partidos diseminados por el país, así como los líderes y grupos que aún mantenían sus cotos de poder regional.<sup>11</sup> Se trataba de una “confederación de caciques” en la que cada uno de sus miembros debía reconocer en el presidente al representante del gobierno federal y al árbitro supremo. Entre el cacique y sus bases de apoyo se había establecido una relación que ponía el acento más que en la coerción, en un intercambio informal entre individuos de poder y riqueza desiguales. La base de sustentación del partido era entonces una imponente pirámide de clientelas que comenzaba en la localidad y que terminaba en la presidencia.

Unos años después de la creación del Partido Nacional Revolucionario, se reformularon sus bases. Al Partido de la Revolución Mexicana (PRM), fundado durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), se integraron aquellos sectores sociales que hasta entonces carecían de mecanismos directos de representación política. Los obreros, campesinos y grupos medios, organizados en grandes corporaciones nacionales, conformaron una burocracia sectorial colocada junto a la tradicional de los caciques políticos. Quedaban así asentados los fundamentos de lo que sería por mucho tiempo el partido oficial: una red de poderes de caciques políticos unificados por lealtades, que nunca dejaban de contener la amenaza de la ruptura, y una organización corporativa a nivel nacional que integraba a los diversos sectores sociales en una pirámide cuyo máxima autoridad era el presidente de la república (Falcón, 1978:333-386 y Cordova, 1973).

El PRM dejó delineado el perfil de las instituciones presidencial y partidista. El presidente debía ser el representante de la federación y el eje de la articulación entre el centro y los estados, mediante la dependencia de los municipios hacia los gobernadores y de éstos hacia el gobierno federal, al tiempo que el partido, espacio por excelencia de movilidad y de ascenso político, tenía como función afianzar los vínculos entre el Estado y los distintos segmentos sociales, así como el control de los mecanismos de representación política (Loyola, 1995:2-3). De esta manera, el partido garantizaba la continuidad de la familia revolucionaria y de los principios políticos, mientras que en la esfera presidencial, bajo el principio de no reelección, tenía lugar el cambio de hombres, de programas y de estilos de gobierno. Entre el presidente y el partido se había establecido un vínculo imprescindible: los integrantes del partido le otorgaban al presidente su lealtad y éste contenía y conciliaba los intereses heterogéneos de sus miembros; de otro modo, si el partido era el encargado de transferir la lucha por el poder entre grupos faccionales hacia su interior, la presidencia debía ser el eje de articulación de esos intereses antagonicos.

Sin duda, el espacio por excelencia de la negociación entre el presidente y el partido ha sido el de la sucesión presidencial, porque en la manera en que se resuel-

<sup>11</sup> Sobre la conformación del partido, véase Falcón, 1984:11-20. Sobre el “Grupo Sonora”, véase Aguilar Camín y Meyer, 1989.

ve el cambio de gobierno se encuentra una de las claves de la estabilidad política. Así, desde un principio se idearon los mecanismos capaces de contener la disputa por el poder; de alguna manera había que garantizar la alternancia en el máximo puesto de las diferentes redes de poder que componían el partido, sin dejar por ello de asegurar la continuidad de la familia revolucionaria. Una serie de acuerdos informales tendría que ser acatada por todos aquellos que quisieran permanecer dentro del juego político: había que seguir las orientaciones del presidente, “jefe máximo de la Revolución”, y apoyar al candidato presidencial que éste designara; el candidato debía salir de las filas del partido para convertirse automáticamente en su máximo jefe; un nuevo grupo se convertía en la red de poder del presidente, mientras que los otros podían abastecer los cuadros de la administración pública nacional y regional, o bien podían esperar pacientemente la llegada del siguiente sexenio y con ello la posibilidad de acceder al poder como parte de la red de hombres del nuevo presidente. Entonces, la forma de lograr el cambio dentro de la continuidad y, en consecuencia, la garantía de la estabilidad política, radicaba en seguir las reglas que permitían la recomposición periódica y ordenada de la burocracia política.

#### *La nueva clase: técnicos contra políticos*

En 1946 comenzó una nueva etapa en la relación presidente-partido. En ese año se declaró solemnemente “la muerte del PRM” y se anunció la constitución del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El cambio de siglas hablaba de una nueva composición de fuerzas, de la consolidación de la élite política y también de la culminación de un proceso tendente a centralizar aún más las decisiones alrededor del presidente. El nuevo liderazgo se apoyaría ya no en caudillos y militares como en la primera etapa, ni tampoco en la dirigencia de los grupos populares como en el periodo cardenista, sino en una burocracia.<sup>12</sup>

En efecto, la creación del PRI hablaba de un cambio en la composición de la élite política. El poder de los caciques regionales y del ejército se retraería sin desaparecer del todo, al tiempo que surgía una élite definida en función del carácter profesional, urbano y nacional de sus miembros.<sup>13</sup> Ahora, la legitimidad del sistema reposaba en la habilidad para iniciar un intenso proceso de modernización económica, y ello requería, necesariamente, de un nuevo prototipo de político que sustituyera al tradicional forjado al calor de las armas y de la contienda electoral. Los licenciados en

<sup>12</sup> De acuerdo con Centeno, 1994: 53-54, Miguel Alemán no sólo fue el primer presidente civil sino el primer “burócrata político”, porque su carrera y su influencia no se basaron en el apoyo de las bases sino en su servicio leal al presidente como secretario de Gobernación de Manuel Ávila Camacho, y porque fue el primero en ejercer un control completo, a través de la burocracia federal, de los otros miembros de la familia revolucionaria.

<sup>13</sup> Camp, 1976 y 1983, quien estudia la formación de los líderes políticos gobernantes en México, concluye que en el caso de los miembros de la élite más exitosos, los puestos políticos locales no desempeñaron un papel importante en su carrera y que en general sólo una región de México, el D. F., ha desempeñado el papel determinante en sus orígenes y carreras. Véase también Ramírez Jácome y Salim Cabrera, 1987.

derecho, técnicos universitarios, industriales e intelectuales, con el tiempo llegarían a ocupar los cargos más altos de la administración pública.<sup>14</sup> Aunque sus miembros pertenecían formalmente al partido, en realidad carecían de cualquier trayectoria partidista. Y en un sistema cuyas directrices son señaladas directamente por el ejecutivo, un grupo así tiene grandes ventajas: carentes de alguna experiencia en puestos de elección popular y ajenos a cualquier base de poder real, sus miembros pueden asegurar una lealtad total al mando supremo.

A partir de los años cincuenta se pueden distinguir dos redes de poder: una creada alrededor de las fuerzas revolucionarias que cristalizó en el partido oficial, y otra conformada por la nueva clase.<sup>15</sup> Aunque compartían el ideal revolucionario, cada red tenía intereses específicos y una concepción propia del país y de la manera de hacer política. Así, cada seis años, en el proceso de recomposición interna de la élite, se produciría entre los políticos y los burócratas asociados al gobierno una profunda escisión.

La escisión entre técnicos y políticos puede ser vista no tanto desde la posición de cada uno de sus miembros con respecto al gobierno, la economía y las fuerzas sociales, sino en función del tipo de relación que guardaban con el presidente. En este sentido, es posible afirmar que el sistema político quedó dividido entre los hombres de confianza del presidente y los hombres del partido u hombres del sistema. Si los hombres de confianza formaban el círculo más íntimo del presidente,<sup>16</sup> los hombres del sistema eran la clave de comunicación entre el presidente, los grupos excluidos de su círculo inmediato y las bases partidarias. Esta distinción ofrece mayor flexibilidad, ya que contempla los mecanismos que permiten a los miembros de la élite y de la clase política transitar de un lado a otro. Después de todo, al entrar un nuevo candidato, éste no puede ocupar todos los puestos importantes del gobierno con gente de su confianza; necesita de la colaboración de algunos miembros del partido, que de hecho pueden mantener el apoyo de los grupos políticamente desfavorecidos y negociar con los sectores importantes de la población. Por eso, en tiempos de sucesión presidencial los hombres del sistema buscan conseguir mayor cercanía con el presidente entrante hasta identificarse con el nuevo régimen, mientras que los hombres de confianza del presidente pueden pasar a formar parte del sistema a medida que el presidente se acerca a la designación de su sucesor (Lomnitz, Lomnitz y Adler, 1990:49).

<sup>14</sup> En unos cuantos años el ascenso político a través de instancias administrativas y no electorales se convertiría en el tipo de movilidad normal para los futuros presidentes. Véase Lerner y Ralsky, 1976:215 y 297.

<sup>15</sup> Autores como Schmidt y Gil-Mendieta, 1995, hablan de políticos y financieros, lo que en cierta medida coincide con la diferencia que los mismos políticos de las últimas décadas encuentran entre técnicos y políticos.

<sup>16</sup> El presidente es el centro de una red de hombres. Éstos están ligados al presidente por relaciones hechas en la Universidad, por vínculos familiares, políticos o de negocios. Hay que notar que dentro de las redes hay subredes y que no todos sus miembros se encuentran a la misma distancia de él ni tienen el mismo acceso al poder. Al respecto véase el trabajo de Schmidt y Gil-Mendieta, 1992.

Una nueva jerarquía política establecía que los máximos puestos de la administración pública nacional y por supuesto la presidencia, quedarán en manos de los hombres de confianza, mientras que a los miembros del partido les estaban reservados todos los cargos políticos intermedios.<sup>17</sup> En otras palabras, si el ejecutivo ejercía el control sobre los poderes legislativo y judicial, el partido sería el encargado de reproducir los cuadros intermedios, precisamente aquellos que mantenían el contacto con la burocracia obrera, agraria y de sectores medios. Entonces, los principales puestos del gabinete eran destinados para aquellos ubicados en la cúspide de la jerarquía, para los profesionistas urbanos de clase media y alta, ligados al círculo íntimo del presidente y carentes de un contacto sólido con el partido y sus bases,<sup>18</sup> mientras que los puestos intermedios serían para los políticos pertenecientes al partido, que llegaron al poder a través de la vía electoral y que por lo general eran excluidos del círculo íntimo del presidente. Así, el cambio de hombres que en cada sucesión presidencial garantizaba la recomposición de la burocracia política se volvió mucho más limitado, además del hecho de que el candidato no saldría más de las filas tradicionales del PRI.<sup>19</sup> Ahora, un grupo bien homogéneo, formado por miembros que compartían estrato social, formación educativa y profesional, ocuparía el poder a través de los sexenios.

Gradualmente, la presidencia se iría expandiendo mientras el partido iba siendo desplazado de sus funciones tradicionales. Ya las reformas de 1946 limitaban el poder de las organizaciones corporativas en favor del Comité Ejecutivo Nacional del PRI (CEN). Éste, en una jerarquía que privilegiaba las instancias federales sobre las estatales y las municipales, iría concentrando la toma de decisiones en detrimento de las corporaciones; ahora la dirigencia sectorial intercambiaría recursos por independencia (Centeno, 1994:54). Así, el nuevo orden institucional buscaba concentrar el poder en el ejecutivo y en las agencias ligadas directamente al presidente, mientras que el partido, convertido en una maquinaria puramente electoral, perdía autonomía.

Como el presidente era todopoderoso, pero lo era por sólo seis años, la nueva red de poder debía afinar los mecanismos que desde décadas atrás habían permitido la recomposición de la burocracia política. Ahora, no se podía dejar en manos

<sup>17</sup> En términos generales, los hombres de confianza tendrían a su cargo normar la política del nuevo gobierno y dejar la administración en manos de los hombres del sistema. Véase Lomnitz, Lomnitz y Adler, 1990:46-51.

<sup>18</sup> A este respecto, véanse los estudios que ha hecho Smith, 1975, quien encontró que la vía electoral no es la típica para ingresar al ejecutivo, sino más bien la administrativa y ejecutiva. Por administrativa se refiere al subsector descentralizado mientras que la ejecutiva conecta tres instituciones: la burocracia federal, el gabinete y el subgabinete. De la misma manera, Sirvent, 1975, muestra que, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos donde los puestos de elección son los que llevan a la presidencia, en México el canal de ascenso es la carrera política en puestos de designación y que éstos tienden a aumentar.

<sup>19</sup> Ya para finales de los años sesenta se tenía la certeza de que los presidentes debían salir de las filas del gabinete presidencial y no del partido: en 1969 el senador encargado de destapar a los aspirantes a la precandidatura decía: "En el gabinete del presidente es donde se define y afina la personalidad del futuro jefe de la nación. La experiencia que han acumulado es necesaria e ineludible", *El Universal*, 6 de agosto de 1969.

de otros la decisión de quién gobernaría al país;<sup>20</sup> había que conseguir que el partido aceptara, a como diera lugar, al sucesor que el presidente eligiera. Se puede hablar así de la *autonomía presidencial* en el control de la sucesión: desde entonces resultaba incuestionable el hecho de que la designación final del sucesor correspondía *exclusivamente* al presidente.<sup>21</sup> Y mientras el presidente decidía quién lo sucedería en el poder, los actores políticos debían mostrar absoluta disciplina: nadie podía adelantarse, nadie podía mencionar algún nombre ni manifestar públicamente intereses propios; ningún actor podía sobresalir por encima de la figura presidencial. Como la designación estaba ahora en manos del presidente, la manera en que los miembros del partido podían manifestar su apoyo a la candidatura oficial era echando a andar sus maquinarias políticas locales a fin de asegurarle el triunfo electoral en sus respectivas regiones; para ello se echaba mano de todos los recursos posibles, desde la cooptación hasta el fraude electoral. Entonces el presidente era el que designaba y el partido la maquinaria electoral que permitía su confirmación en el poder.<sup>22</sup>

De esta manera, controlar los mecanismos sucesorios significaba que, bajo el marco de una estricta disciplina, se presentase un único candidato, porque sólo un *tapado* podía ser honrado con el *dedazo*,<sup>23</sup> y que los sectores del partido, con la totalidad de sus miembros, en una votación pública pero no secreta, se declarasen a favor del aspirante designado por el presidente. Así, después de la sucesión Alemán-Ruiz Cortines, el *tapadismo*, el *candidato único*, y el *voto unánime* se consagrarían como las reglas clave del proceso sucesorio y, a la vez, como las máximas prácticas de un régimen autoritario. Desde entonces, cubiertas por un misterio impenetrable, las sucesiones presidenciales serían, en palabras de Cosío Villegas, “embriagadoramente soporíferas, reducidas, como estuvieron, a adivinar quién sería el Tapado” (1975:82).

La creciente centralización de las decisiones políticas en manos de la presidencia y sus hombres redujo los márgenes de la movilidad burocrática y convirtió a la dis-

<sup>20</sup> La historia reciente había demostrado que ante la pérdida de poder de la autoridad central, la inestabilidad y la violencia se convertían en una amenaza concreta. En realidad, desde el primer gobierno revolucionario hasta los años cincuenta prácticamente no hubo relevo de poder carente de conflictos electorales. Si en una primera etapa la inconformidad frente a la designación del candidato oficial terminaba con las armas, entre 1940 y 1952 la competencia política derivaba en fracturas en el interior del partido y en la organización de movimientos de oposición. Sobre el movimiento almazanista véase González del River, 1994:11-33; también Almazán, 1941 y Contreras, 1977. Sobre el movimiento padillista véase Loyola, 1994:35-60. Acerca del henriquismo véase Servín, 1994:61-76; Estrada, 1988 y Pellicer, 1977.

<sup>21</sup> Sobre las sucesiones presidenciales anteriores a 1952 y especialmente sobre la sucesión Cárdenas-Ávila Camacho, véase Cosío Villegas, 1975.

<sup>22</sup> El partido se encarga también de construir la figura del candidato, y es que un hombre oriundo de la capital, cercano al presidente y casi desconocido a nivel nacional, tiene que ser presentado por el partido como el hombre capaz de solucionar los “grandes problemas nacionales”.

<sup>23</sup> Se le llama “tapado” al candidato del partido que es designado por el presidente en turno, y ello porque el proceso de su nominación permanece oculto para la mayoría de los ciudadanos. El procedimiento que se sigue para destapar al candidato se conoce como “dedazo”, porque el nominado es señalado con el dedo del presidente.

ciplina en la sustancia del juego sucesorio. Sin embargo, ello no significó que el ritual, a través del cual la clase política se recomponía y negociaba con los diferentes grupos sociales, dejara de celebrarse. En efecto, cada seis años, como hasta entonces había sucedido, un aspirante, entre otros, era señalado por el presidente; asimismo, cada seis años, el partido, con sus corporaciones y sus órganos electorales, era el encargado de legitimar la designación hecha por el presidente. Para la nueva red de poder resultaba imprescindible, si quería sobrevivir más allá de los sexenios, transar con una sociedad tradicional y sus formas de negociación política (Centeno, 1975:54-55). Pese a las restricciones impuestas a la negociación en los altos niveles políticos, la estabilidad se sostenía aun en los mecanismos que permitían la recomposición, ahora relativa, de la burocracia, así como en un ritual todavía capaz de ordenar a la clase política y legitimar la estructura de poder.

#### EL RITUAL SUCESORIO

Cada seis años se celebra en México un ritual político. Su función es ordenar y legitimar el cambio: a través suyo los hombres del sistema aceptan al hombre designado por el presidente, y los grupos sociales reconocen en ese hombre al "Candidato de la república". Se trata de un ritual partidista porque en una demostración de fuerza, el partido no sólo ordena a la clase política sino que construye la imagen del presidente, síntesis abarcadora de la nación y sus habitantes.

El ritual sucesorio puede dividirse en dos grandes secuencias: primero, la clase política acepta la designación hecha por el presidente, y después, sale al exterior para reformular, valiéndose de los mecanismos partidistas, el pacto que a lo largo de las décadas ha entablado con los grupos sociales. La primera secuencia arranca aproximadamente dos años antes del destape cuando comienzan a manejarse los nombres de los aspirantes a la candidatura del partido, y culmina en el momento en que éste, en una convención nacional, convierte al hombre designado por el presidente en su candidato electo. La segunda secuencia se inicia una vez que la clase política, ya reconciliada con el candidato, lo elige, se desarrolla a lo largo de la campaña política y termina en las elecciones presidenciales y en el cambio de poder.

En la primera parte del ritual la clase política es el actor principal y la sociedad participa únicamente a través de los rumores de pasillo y de las interpretaciones acerca de lo que ocurre dentro del partido. Las actividades que en esta etapa se desarrollan configuran el marco para que los distintos grupos de poder terminen por acatar la línea marcada por el presidente. En realidad, todo está hecho para llegar de forma ordenada al momento en que el presidente designa a su sucesor y en el que el partido lo elige formalmente como su candidato. Se trata entonces de mantener a la clase política ocupada y de demostrar que todos los miembros del partido, en un gran acto de unidad, reconocen el poder ilimitado del presidente y su capacidad negociadora y de resolución de los conflictos. El ritual se erige así en una especie de frontera simbólica que separa un antes y un después, marcando con

ello la diferencia que existe entre la desunión y la unión, entre la no aceptación y la aceptación final del candidato.

La segunda secuencia tiene como finalidad mostrar la unidad conquistada por la clase política a la opinión pública y a la sociedad organizada. Allí los grupos sociales participan activamente en el reconocimiento del candidato. Si esto refiere a un objetivo pragmático, en su dimensión simbólica el ritual ordena ya no a la clase política, sino que organiza a la nación en su conjunto y a los grupos sociales que la conforman. En esta segunda secuencia y de cara a la sociedad, el presidente y los hombres del sistema parecen conformar un sólido escudo, sin jerarquías visibles y sin fracturas: el candidato se presenta ante la nación y el partido legitima ese encuentro.

### *Primera fase: el destape y la clase política*

Las actividades sucesorias comienzan aproximadamente dos años antes del destape. Durante ese tiempo, los grupos políticos compiten informalmente alrededor de un aspirante para quedar dentro del juego político. A través de presiones indirectas al presidente para que se incline por un aspirante en particular, cada grupo pelea por el triunfo de aquel que de seguro favorecerá sus intereses. Las declaraciones del presidente, de los dirigentes sectoriales y de líderes de opinión son interpretadas bajo el esquema del *futurismo*, es decir, de adhesiones a posibles candidatos. Si hacia el exterior se aparenta que reina la calma, en el interior del partido todos se lanzan señales y contraseñas; si se conoce lo que en él acontece es gracias a las interpretaciones y los comentarios de pasillo entre amigos y colegas, y gracias también a la prensa escrita, vehículo y escenario predilecto de la clase política mexicana.

Antes del destape, el momento más álgido del ritual, se dan a conocer informalmente los nombres de los aspirantes al máximo cargo. En un principio la lista incluye a todos los secretarios de Estado que no estén impedidos constitucionalmente, después la lista se reduce<sup>24</sup> y entonces de entre ellos uno es finalmente elegido. En ese momento empiezan a conocerse los lugares que los hombres y sus redes ocuparán, más o menos, en el siguiente sexenio; se entiende quiénes serán los colaboradores más cercanos del nuevo presidente y qué grupos quedarán fuera. Por otro lado, a lo largo de esa competencia silenciosa, el partido persuade a sus propios militantes y a la opinión pública de que el candidato designado por el presidente ha

<sup>24</sup> Los nombres son presentados en un estricto orden alfabético a fin de evitar suspicacias e interpretaciones apresuradas. Unos ejemplos: en la sucesión Díaz Ordaz-Echeverría, fue el gobernador de Nayarit el que pronunció los primeros nombres; en seguida, un senador, en su calidad de "simple ciudadano interesado en los problemas de México" como él mismo se autocalificó, redujo la lista a cuatro nombres "con sus respectivos apellidos". *El Universal*, 6 de agosto de 1969. En el caso de la sucesión Echeverría-López Portillo sucedió algo semejante: primero se manejaron siete nombres, después, el presidente de la Asociación de Industriales del Estado de México dio a conocer a "cuatro distinguidos ciudadanos" como posibles candidatos a la presidencia de la república, y luego el secretario de Recursos Hidráulicos amplió la lista e incluyó a un secretario de Estado más y al director de un organismo descentralizado. *El Universal*, 8 de diciembre de 1974.

sido en realidad electo por el partido. Para conocer las preferencias, se realizan reuniones partidistas y consultas con las dirigencias campesinas, obreras y populares, de tal manera que después del destape, los sectores son los encargados de comunicar al presidente del CEN la noticia, como si la selección del candidato hubiera sido una decisión partidista tomada después de una larga consulta.<sup>25</sup>

Como puede observarse, el ritual para designar/elegir al candidato oficial sigue dos vías en apariencia excluyentes: una es la vía *real*, de la que el presidente se vale para designar a su sucesor y otra la *formal*, a través de la cual el partido y los sectores eligen al candidato oficial.<sup>26</sup> La vía formal pertenece al partido; es un proceso interno, consignado en sus estatutos, en el que los sectores deciden cuál será su candidato, presentan su nominación y esperan la aprobación por parte de los sectores restantes.<sup>27</sup> En cambio, por la vía real el partido es reducido a un apéndice burocrático y el presidente se erige en el elector supremo. Si la primera vía, la formal, es pública, corresponde al partido y refiere a una decisión tomada supuestamente a partir de la negociación y consulta con las bases, la segunda pertenece al presidente y es tan silenciosa que de hecho es difícil conocer con exactitud los mecanismos que éste sigue en la selección del candidato.<sup>28</sup>

Como corolario, a cada vía le corresponde un discurso. Los sectores partidistas se esfuerzan por demostrar a la población y a la opinión pública que el relevo presidencial es una decisión de la militancia y que, por tanto, sigue un procedimiento democrático. Muy cerca, los medios de comunicación registran minuciosamente los largos procesos de auscultación que la dirigencia sectorial celebra para conocer la opinión de las bases. Del otro lado, el discurso de la esfera presidencial refiere más al autoritarismo que a la democracia, y es construido a partir de rumores acerca de quién será el sucesor; aquí aparecen los términos “destape”, “dedazo”, “futurismo”, “madrugete”. Es de notar que entre ambos discursos se establece una diná-

<sup>25</sup> Si existe alguna variación en este ritual ello es en lo referente a quién es el encargado de anunciar dicha designación. En las últimas sucesiones han sido los tres sectores del partido los que por “unanimidad” y al “unísono” han destapado al candidato del partido.

<sup>26</sup> De alguna manera seguimos la caracterización que hace Marván Laborde, 1992:217-246.

<sup>27</sup> Así como los estatutos del PRI contemplan que la totalidad de los cuadros dirigentes, desde los Comités Seccionales hasta el presidente y el secretario del CEN, deben ser electos en las asambleas respectivas, de la misma manera el proceso interno para postular candidatos a cargos de elección popular, del nivel que sea, contempla en su artículo 152: “Aplicar consecuentemente las fórmulas de voto individual y secreto, y escrutinio público y abierto, en Asambleas y Convenciones integrada por Delegados electos”. Este artículo termina por legalizar de alguna manera la ambigüedad estructural del sistema: la elección de candidatos se hará “según el grado que la evolución del Partido y las condiciones políticas, sociales y culturales de la región correspondiente lo permitan [...]”, PRI, 1987:292.

<sup>28</sup> En este sentido existe un paralelismo entre estas dos vías y las interpretaciones que a lo largo de los años ha externado la opinión pública acerca de los mecanismos que el presidente utiliza para elegir a su sucesor. Existen dos grandes corrientes: de un lado los que creen que el presidente tiene un poder omnipotente a la hora de la decisión final, y del otro los que aseguran que su poder es limitado y que la designación tiene lugar después de una negociación con las distintas fuerzas políticas y sociales. Todo indica que el proceso sucesorio contempla ambas posibilidades, la decisión negociada y la omnipotente, porque el sistema político mexicano distingue espacios para la elección y también para la designación. Véase, entre otros, Cosío Villegas, 1975 y Hansen, 1980.

mica especial: uno de ellos, el discurso formal, parece estar todo el tiempo ocultando al otro, silenciándolo, o por lo menos haciendo un esfuerzo por desviar de él la atención pública; y en ese afán por silenciar al discurso autoritario es común que la clase política niegue que el tapado y el dedazo, términos imprescindibles si se trata de explicar los mecanismos políticos del sistema, existan realmente en la práctica política. “Hoy, los precandidatos han quedado al descubierto del siniestro capuchón que convertía en veleidoso el escenario político nacional”; o “Todos los aspirantes que deben ser postulados por un partido político están perfectamente destapados”.<sup>29</sup>

Las vías formal y real van entretejiéndose en lo que la jerga conoce como el *calendario político*; es en el acoplamiento de las reglas a los tiempos, el lugar donde los grupos de poder negocian. Ciertamente, las actividades formales e informales se articulan alrededor de una secuencia temporal que una vez cumplida convence a todos de que el presidente conserva el mando y de que entre los grupos representados en el PRI prevalecen la unidad, la concordia y la disciplina.<sup>30</sup> En fin, los tiempos, definidos en función de fechas clave, como descansos entre los pisos de una larga escalera, existen para echar a andar los mecanismos que garantizan el apoyo del partido al nuevo candidato y su equipo.

Y cumplir con el calendario político no es más que una demostración de lealtad al presidente y un indicio de que las negociaciones entre las distintas instancias prosperan: “Reiteramos: ni antes ni después, en su momento; ni nos precipitarán los impacientes ni nos retrasarán los inmovilistas. Todo a su tiempo, compañeros” (Jesús Reyes Heróles). Contrariamente, romper con los tiempos establecidos constituye entonces un peligroso acto de indisciplina, e indisciplinarse significa reconocer que en el interior del partido hay divergencias y que la imagen de un partido estable, unido y fuerte está siendo quebrantada: “[...] en mi partido hay disciplina y orden. Habrá puntos de vista diferentes, pero siempre se sujetarán a los lineamientos y a los tiempos que ha fijado el CEN del PRI”.<sup>31</sup> En realidad, la disciplina es el elemen-

<sup>29</sup> Ambas citas son de la sucesión Echeverría-López Portillo, *El Universal*, 17 y 10 de abril de 1975.

<sup>30</sup> Los principales actos que organiza el partido oficial son más o menos los siguientes: Convocatoria para la celebración de la Asamblea Nacional del PRI, Asamblea Nacional del PRI, Cláusura de la Asamblea Nacional, Reunión Extraordinaria del CEN del PRI, Consultas nacionales, Desayuno de la Unidad Revolucionaria, Saluciones al Precandidato, Convención Nacional del PRI.

<sup>31</sup> Declaración del presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, 1987, Julio Hernández en *Excelsior*, 25 de septiembre de 1987. El que define el calendario y, por tanto, el que se encarga de establecer un puente de comunicación entre el partido y el presidente, es el presidente del CEN del PRI. Éste, nombrado por el presidente de la república, es el encargado de dirigir y contener el proceso. El presidente del CEN marca la línea: “se actuará sin prisas ni presiones, se continuará actuando con respeto a los estatutos y a los tiempos acordados por los máximos órganos de decisión de ese partido”, *Excelsior*, 23 de septiembre de 1987. Cabe advertir que por más que las reglas implícitas marquen lo que se puede y lo que no se puede decir, quién lo puede decir y, sobre todo, en qué momento cierto pronunciamiento puede hacerse del dominio público, ningún presidente y tampoco ningún presidente del CEN han logrado ejercer totalmente el control sobre el proceso sucesorio, como si el futurismo, el madrugueté y todo elemento perturbador formaran parte integral del sistema. Una muestra de que prácticamente ningún presidente ha logrado controlar férreamente la sucesión, es el hecho de que éste casi nunca puede

to aglutinador de toda la ceremonia, es la que permite que el calendario político se cumpla. Por la disciplina nadie pierde la paciencia, nadie se violenta; después de todo, se trata de demostrar que todos forman parte de una familia unida, pacífica y revolucionaria. Ya lo decía un informante: la disciplina “es la que ha evitado que corra la sangre; si los gobernadores y ex gobernadores eran llamados a asistir a cierto acto, debían hacerlo aunque no quisieran, aunque anduvieran incómodos en el camión y las carnitas estuvieran frías, aunque fueran enemigos políticos del gobernador y del candidato; si no aceptan el llamado no se les vuelve a llamar: todo se perdona menos la indisciplina”.

En resumen, a través de la celebración de una primera secuencia ritualística, acoplada más o menos a los tiempos establecidos por el calendario político y las reglas de la disciplina, los hombres del sistema definen liderazgos, negocian alianzas con el presidente y sus hombres, mientras que el grupo que accederá a la institución presidencial se consolida. Ya para cuando esta primera parte del ritual termina, el partido oficial ha asumido el compromiso de legitimar, desde una estrategia electoral, la designación hecha por el presidente de la república.

### *Segunda fase: la campaña y el ritual popular*

Formalmente, la segunda etapa del ritual arranca después de la Convención Nacional del partido, con el inicio de la campaña política; sin embargo, informalmente, esta secuencia comienza en el destape mismo. En ese momento, la sociedad hace su primera aparición masiva: con gran expectación, un inmenso público ocupa la explanada del PRI, y acompañado por bandas de música ya no sólo escucha sino que vitorea, canta, y aclama el nombre. En este acto, el ejercicio formal del poder se interrumpe para incorporar la cultura popular al rito.

Los actos de la campaña son multitudinarios, se realizan en espacios abiertos, y están dirigidos a las corporaciones de obreros, campesinos y grupos populares, a la opinión pública y a las masas en general. Los actos han sido diseñados para atender la máxima participación popular; su éxito se mide no por la concurrencia ciudadana a las urnas sino por la longitud de una procesión, el tamaño de una multitud en la calle o el número en una audiencia.<sup>32</sup> Su campo es la pragmática, su medio de comunicación la imagen<sup>33</sup> y su ámbito la fiesta. Ciertamente, a la campaña se asiste para quejarse y exponer carencias, para quedar bien con el de arriba y negociar posiciones; allí, cada comunidad y cada sector establece una negociación particular con el candidato: “Salinas, amigo, Tetla está contigo”. “¡Amigo, Salinas, apóyanos

cumplir con el calendario político que él mismo anuncia. Ya lo decía un informante: “Es fácil comprender que así sea y que el famoso destape surja cuando menos se piense, pues, de otra manera, ¿quién aguantaría la gallera?”

<sup>32</sup> Véanse los comentarios que hace O’Gorman, 1992:81.

<sup>33</sup> Véase Gruzinski, 1990, quien resalta el significado de las formas no discursivas de comunicación entre conquistadores e indios. Asimismo, Claudio Lomnitz, 1995, lleva esta idea más lejos hasta buscar sus conexiones con las características de la cultura política mexicana actual.

con sistemas de riego!” Pero a la campaña también se asiste para pasar un buen rato: “¡Esas porras juveniles! ¡que se escuchen en el aire como si fuera una sinfonía política” (un animador entusiasta). En esos actos procesionales y ruidosos, las bandas de música tocan antes, después y durante el acto político; el espíritu es de fiesta, de alegría por encontrarse entre amigos, por pertenecer a México y al PRI: “Así que vamos todos a esa gran fiesta, porque va a ser una fiesta de música, de alegría para que sirva hasta de un pequeño rato de esparcimiento para los priístas y para los no priístas ¿verdad? para todos, vamos a pasar un ratito de un gran momento de alegría” (militante priísta en un programa radiofónico).

Más allá de los objetivos pragmáticos, en una campaña el candidato y el partido se apropian de la nación. La campaña se propone llegar a todas partes y en cada sitio ocupar su centro: el zócalo, los mercados, las calles principales, los monumentos cívicos e incluso el paisaje, con sus árboles, sus llanuras y montañas cubiertas de propaganda verde, blanca y roja, los colores del PRI y de la nación. Si desde una estrategia geográfica el candidato y el partido ocupan el espacio territorial, desde una estrategia social construyen una serie de concertaciones con los diferentes grupos, clases y regiones del país. Así, en un doble movimiento, las giras reintegran a las distintas entidades al conjunto de la Federación e incorporan a los sectores sociales.

En efecto, como representante de la Federación, el candidato renueva el pacto federal con cada uno de los estados. Les restituye primero los rasgos que conforman su especificidad y los despoja después de ella a fin de integrarlos nuevamente al país. Así, cada acto de campaña tiene su rasgo propio: de entidad a entidad la música y sus intérpretes tienen el estilo de la región, la indumentaria proporciona siempre un toque distintivo al sitio y al acto; de lugar a lugar cambian las referencias discursivas al paisaje y los próceres: “Ante este hermoso panorama del rincón de la costa jaliscienses, tierra pródiga de hombres ilustres y mujeres talentosas [...]” (el animador de un acto). Sin embargo, una vez garantizado el lugar específico de cada entidad en el conjunto de la Federación, todos los estados se vuelven igual de importantes; como las entidades existen gracias a la nación, acaban desvaneciéndose en ella (a Benito Juárez no se le aprende si se le mira sólo desde Oaxaca).<sup>34</sup> Entonces, cada estado contribuye con su especificidad a la forja de la nacionalidad sin constituirse nunca en la nacionalidad misma, porque es sólo la federación, o concretamente el candidato, el único capaz de encarnarla. En un segundo movimiento, el candidato y el partido reconstruyen a la nación desde sus componentes sociales. Así, los actos dedicados a los campesinos, obreros, maestros, mujeres, los actos partidistas en los que participan representantes de todos los sectores y hasta los actos dedicados a la pura fiesta popular tienen como finalidad reformular las alianzas con “las fuerzas vivas” que mueven al país: “¡Que se manifieste el sector obrero!, ¡presente! ¡Que se manifieste el sector popular!, ¡presente!”.

<sup>34</sup> Por ejemplo, en un acto territorial los contingentes representantes de cada estado se acomodan en un riguroso orden alfabético, dejando establecida la importancia igualitaria de cada uno de ellos.

Estos actos se organizan siguiendo una estructura basada más que en la diferenciación de grupos sociales, en la división sectorial del partido y en las líneas ocupacionales de los grupos. En su referencia local, los mensajes remiten al bienestar de la comunidad, al reconocimiento de las jerarquías y los liderazgos locales y al derecho de todos en el acceso a los beneficios; en su referencia nacional, se define el lugar de cada fuerza en el universo político.<sup>95</sup> De esta manera, las giras estatales que involucran a la totalidad de la comunidad, incluida la no votante, constituyen un acontecimiento cívico en el que resulta difícil separar la celebración partidista del homenaje a la nación: ambos, partido y nación, parecen conformar una unidad indiferenciable.

A medida que el partido y el candidato del PRI recorren el territorio, una realidad diversa se homogeneiza, un orden determinado va siendo sancionado. A lo largo y ancho del país se practica una misma manera de ocupar el territorio. En todos los estados se celebran los mismos actos, se usan las mismas siglas y fotografías, el mismo decorado, el mismo formato en los discursos, las mismas mantas, las mismas consignas, los mismos actores y el mismo escenario. El candidato se coloca en un templete; lo acompañan los líderes de la comunidad, los representantes de los sectores asistentes al acto y los personajes que tienen un contacto especial con la región donde el acto tiene lugar. En las laterales o en las primeras filas se encuentran los invitados especiales, pertenecientes a la clase política o a grupos de técnicos y profesionistas así como la prensa. Y abajo, en inmensas explanadas de tierra o concreto, los sectores “y no una multitud amorfa” componen un espectáculo vistoso e iluminado con banderines, pancartas, mantas, sombreros, matracas, pompones y las siglas del sector al que cada uno pertenece. En realidad, cada acto representa un llamado al orden para aquellos que pudieran olvidar el sitio que les asigna el poder; allí las comunidades y los ciudadanos aceptan las jerarquías sociales a cambio de la redefinición del tipo de intercambio que seguirán estableciendo con el Estado.<sup>96</sup> Inclusive la fiesta está hecha para consagrar el orden, porque se trata de una fiesta contenida. En un acto el exceso y la transgresión están siempre reglamentados. Por ejemplo, en las verbenas populares, donde todos comen los mismos platillos típicos, servidos en los mismos platos y en los mismos puestos, las jerarquías y las normas sociales se trastocan, las clases sociales se mezclan y ciertas restricciones sociales se liberan; sin embargo, la libertad de quejarse y pedir es atemperada con el recu-

<sup>95</sup> Además, hay actos que remiten directamente a los orígenes: los actos indígenas, especialmente aquellos que se celebran en sitios arqueológicos, le hablan a la nación desde el pasado, desde la expresión de los mitos del origen del pueblo mexicano y de la ordenación de su gesta histórica. En un acto celebrado en Uxmal, el representante maya le dijo al candidato: “Usted es joven y fuerte, lo vimos subir las escaleras del templo [...] No olvide usted este momento en que se comunica con Uxmal, con los descendientes de este pueblo que hizo esta civilización [...]”. Al respecto véase Lomnitz, Lomnitz y Adler, 1990:72.

<sup>96</sup> Más allá de la confrontación política, la campaña provee una oportunidad para quejarse y pedir; es el momento para que la gente común exprese su opinión de una forma socialmente aprobada. Los discursos de los personajes locales se dedican a enumerar los problemas, a demandar soluciones y a esperar del candidato promesas puntuales: “¡Salinas, amigo, Tetla está contigo!/ ¡Carlos, amigo, el pueblo está contigo!/ ¡Amigo, Salinas, apóyanos con sistemas de riego!” (Tlaxcala).

rente llamado a la necesidad de preservar el orden social y de mantener la disciplina incluso en la fiesta: “¡Vamos a hacer un ensayo, huastecos, nahuas y pames, hagan de cuenta que allí viene el candidato, vamos todos, parados, con júbilo, con energía, que se vea el entusiasmo [...]!” (el animador de un acto en San Luis Potosí). Y es una fiesta contenida porque en la campaña de un partido hegemónico no hay lugar para auténticas pasiones electorales; no hay nada que no se sepa de antemano: los personajes del templete, los organizadores y la multitud organizada de abajo conocen el papel que cada actor desempeñará en ese drama, de ahí que se pueda afirmar que esos actos estén en el límite de la farsa, la convicción y la esperanza.

De esta manera, cuando el candidato y el partido han recorrido el espacio geográfico, cuando han ocupado con banderines tricolores, mantas y consignas cada uno de los principales centros políticos de la localidad, la región y del país, cuando han definido posiciones con los ciudadanos y los sectores sociales y cuando han reformulado viejos acuerdos con las entidades, se puede decir que las fases del ritual se han cumplido. Al final, en el cierre de la campaña, se produce la impresión de que el proceso sucesorio ha seguido un procedimiento natural, que la designación presidencial del candidato es legítima y que además, el hombre designado, el que indefectiblemente ocupará la silla presidencial, es el *candidato idóneo*, el único posible, el deseado por todos. Ya para las elecciones, celebradas por lo común en un orden que nunca deja de ser aclamado por el discurso oficial, el grupo en el poder se ha rearticulado, los hombres del presidente han negociado con el candidato y, especialmente, ya para entonces, parece no quedar duda de que México constituye una nación que ha sido finalmente reconciliada.

### ¿UN NUEVO RITUAL POLÍTICO?

El proceso tendente a centralizar las decisiones políticas alrededor del presidente y sus hombres se haría especialmente evidente a partir de 1970. Ese año puede considerarse, de hecho, un parteaguas en la historia política del país. Si anteriormente el cambio político seguía más o menos el movimiento de un péndulo que propiciaba el cambio periódico en los máximos cargos de los grupos de la clase política, y en la que los líderes sectoriales participan en la decisión de quién gobernará al país, después de ese año la recomposición de la burocracia política estaría limitada a una red de poder identificada con la racionalidad, la eficiencia y las soluciones óptimas a problemas sociales, y la decisión acerca del sucesor correspondería exclusivamente al presidente. Una es la época del partido hegemónico, aglutinador pragmático de la gran mayoría de los grupos sociales, y otra la que se inaugura cuando la red de poder requiere, a fin de conservar el mando, de la exclusión permanente de los otros grupos y de la conversión del partido, antes relativamente plural, en un apéndice burocrático del ejecutivo.

En efecto, el grupo de planificadores y financieros que accedió al máximo puesto a partir de los años setenta buscaría expandir el poder de la presidencia y eliminar los límites a su ejercicio, al tiempo que desplazaba al partido de sus funciones tradicionales. Así, las dos secretarías clave, Gobernación, encargada de la preservación del sistema político, incluidos el aparato de seguridad, las autoridades de los gobiernos y municipios e indirectamente el liderazgo corporativo, y la de Hacienda dedicada a los asuntos económicos, secretarías que hasta entonces habían permitido el acceso al poder de grupos distintos de la élite, pasarían a ser dependencias directamente controladas por la presidencia (Centeno, 1994:95). Ahora el ejecutivo ejercería el control directo en la designación de los candidatos a representantes del poder legislativo y judicial, y la Secretaría de Gobernación, dependencia ligada directamente a la presidencia, tendría a su cargo *el palomeo*, la aceptación o rechazo, de los otros cargos (*ibid.*:54).

La permanencia en el poder de un grupo muy homogéneo, de miembros que compartían estrato social, formación educativa y profesional, obligaba a la reformulación de los mecanismos que desde hacía décadas permitían la recomposición de la burocracia política y la distribución de los recursos. La creciente centralización de las decisiones políticas en manos de la presidencia y de sus hombres, tendencia que se observa desde los años cincuenta, hablaba, necesariamente, de la hermetización de las reglas del juego. En un esfuerzo poco natural por cumplir con las fases sucesorias, el ritual tendría entonces como propósito desplazar al partido de sus funciones tradicionales y convertir a la presidencia en el aparato encargado de mantener la continuidad del régimen.<sup>37</sup> En este sentido, la sucesión de 1988 muestra cómo junto a los canales de negociación de la clase política tradicional, fueron creados otros que de forma paralela propiciaban la negociación entre los miembros de la élite política. Por ejemplo, en conjunto con los actos que servían para que los hombres del sistema negociaran la repartición de los cargos públicos, existían otros, cuya función era cohesionar al grupo que seguramente giraría alrededor de la presidencia. Las reuniones para conocer “los grandes problemas nacionales” organizadas por el Instituto de Estudios Políticos Económicos y Sociales del PRI (IEPES), antes y durante la campaña política del candidato, tuvieron como una de sus finalidades negociar de antemano con la cúspide de la jerarquía; digamos

<sup>37</sup> Ello no quiere decir que los grupos de presión dejaran de existir, sino simplemente que en un intento de contención, éstos tendrían que acatar las reglas rígidas de la disciplina política.

<sup>38</sup> De acuerdo con Centeno, esta institución, encargada de preparar los documentos políticos formales y la plataforma del partido, puede ser considerada el brazo tecnócrata del partido, un organismo de la presidencia, (1994:125-126). Así, en la serie de conferencias a las cuales se asiste para comentar las políticas del gobierno, los interlocutores del candidato son primordialmente funcionarios, políticos y técnicos de alto nivel, así como empresarios grandes y medianos e intelectuales. Allí se conocen, se mezclan, intercambian puntos de vista, y los participantes se sienten elementos activos en la toma de decisiones. Las innumerables reuniones son por lo general solemnes, se realizan en lugares bien acondicionados, no hay pancartas ni mantas, tampoco se escuchan porras y consignas, y todos visten elegantemente; con ellos el candidato propicia el diálogo bajo un formato de reciprocidad.

que el gabinete potencial del candidato se fue conformando en torno a estas actividades.<sup>38</sup>

En este ensayo, en un intento por explicar la persistencia del sistema político mexicano, tomamos el caso de la sucesión presidencial de 1988. A pesar de los límites impuestos al cambio y del rigor de la disciplina partidista, esa campaña nos permitió reflexionar alrededor de las prácticas ritualísticas que propiciaron la negociación entre los diversos grupos y que consiguieron ajustar el cambio a la continuidad. Esa campaña mostró que el sistema político mexicano se seguía sosteniendo, como en los primeros gobiernos revolucionarios, en los mecanismos que garantizaban la articulación entre la continuidad y el cambio, así como en las formas tradicionales de negociación política.

Nos hemos dedicado a describir, probablemente, el último ritual de un Estado fuerte y autoritario, de un régimen presidencialista construido sobre la base de cacicazgos, liderazgos verticales y corporaciones. Y es que por más que la nueva red intentó expandir el poder de la presidencia, no consiguió evitar, si quería legitimar su poder, recurrir a la estructura partidaria, a sus corporaciones, a sus órganos electorales y a su cultura política. Después de todo, esta estructura era aún la encargada de legitimar las decisiones que se hacían por encima de los miembros del partido (Centeno, 1994:54-55); era el partido el que podía construir en torno a la figura del candidato del PRI un nivel de integración capaz de conciliar a las entidades estatales con el centro de la Federación, a la élite con los grupos sociales, al mundo de los individuos y del discurso legal con el del pragmatismo político. Ciertamente, aquellos convencidos de la necesidad de la planeación y la eficiencia administrativa inevitablemente tuvieron que transar con una sociedad tradicional. Así, el material etnográfico recopilado nos muestra una perspectiva que en las circunstancias actuales no es muy transparente: la persistencia del PRI como fuerza nacional y como modo dominante de la cultura política del país. De ahí que pueda decirse, como lo hace Aguilar Camín en 1995, que el PRI es aún “el verdadero México profundo de nuestra vida política”.<sup>39</sup>

Sin embargo, el ritual sucesorio de 1988 muestra otra cara. Aunque el cambio sexenal propició la recomposición relativa del grupo en el poder y delineó nuevamente el mapa de una nación unida, armónica y pacífica, en ella se hacen evidentes los efectos de la paradoja con la que se enfrenta todavía “la generación del cambio”, como se conoció a la red que se afianzó durante el gobierno salinista: su afán modernizador y liberalizador se topó con la necesidad de recurrir a los mecanismos y a las agrupaciones políticas que precisamente querían desmontar. Efectivamente, si en algo se distingue esta sucesión de las anteriores es la ambigüedad del ritual: resulta que la necesidad de seguir con las viejas prácticas ritualísticas se enfrentaba con la imposibilidad de cumplir cabalmente con ellas. La fractura en el interior del partido y la consecuente formación de la Corriente Democrática hablaba de la impo-

<sup>39</sup> *Proceso*, 10 de diciembre de 1995:11.

sibilidad de continuar con las viejas prácticas ritualísticas y con los mecanismos que durante décadas habían garantizado la negociación entre la continuidad y el cambio.

Los cambios en esa sucesión pueden mirarse como un augurio de lo que vendría después. Si la historia es vista como un proceso secuencial, evolutivo, entonces el fin de siglo habla de democracia. Y es que gradualmente se han ido minando los mecanismos clave del proceso sucesorio: si en 1988 se acabó la era del *partido prácticamente único*, si en la sucesión de 1994 un asesinato político rompió con el *candidato único* e impidió que el proceso terminara con la reconciliación de la clase política, y si hoy el PRI pone en duda el *voto unánime*, quizás, en el año 2000 se acabe incluso con la máxima práctica del sistema: *el tapado*.

Si ello es así, es posible imaginar un ritual en el que la vía formal se imponga sobre la real. Si la función del ritual había sido ordenar a la clase política, negociar con los gobiernos de los estados y los sectores políticos, demostrar la fuerza nacional del partido, construir la imagen del presidente y la de una nación pacífica y revolucionaria, en la próxima sucesión es probable que la finalidad del ritual priísta sea, al modo de las sociedades democráticas, competir con los partidos de oposición por los votos ciudadanos. Con un sistema pluripartidista y un nuevo código electoral, se puede pensar en campañas políticas, de auténticas pasiones electorales, de verdaderas convicciones ideológicas, dirigidas a la obtención de votos, donde se disuelva finalmente la unidad indiferenciable entre partido y nación.

Pero si la historia del país se mira como una sucesión de estructuras que *naturalmente* tienden a la verticalidad, hoy estamos frente a una paradoja no tan desconocida en la historia mexicana: la élite ha reinstalado una distancia infranqueable con la clase política y las bases sociales. La creciente centralización del poder y la hermetización de las reglas del juego político recuerdan lo que sucedió en el Porfiriato. Resulta difícil dejar de encontrar un paralelismo entre la tecnocracia actual y el grupo de intelectuales, profesionistas y hombres de negocios, conocidos como "los científicos", que asesoraban a Porfirio Díaz a fines del siglo pasado y que creían que el autoritarismo era necesario para asegurar la paz y el progreso económico (Ceneno, 1994:54); en el mismo sentido, resulta difícil dejar de pensar en la violencia de las épocas en que esa estructura vertical finalmente se quebraba.

Hoy, el PRI intenta reformular la relación con la esfera presidencial, establecer nuevos acuerdos con las bases, recuperar viejas jerarquías y reformular los mecanismos de elección de sus dirigentes. ¿Representará esto un avance o un retroceso? La nostalgia por los orígenes del nacionalismo revolucionario se enfrenta a un partido ya no de corporaciones sino de ciudadanos, a un país que ha dejado de estar conformado sólo por cacicazgos. La ofensiva contra el dedazo y el tapado se topa, en realidad, con un partido de inercias, con dificultades para formular un proyecto futuro y atrapado en su propia subcultura de compadrazgos, corrupción y ausencia de prácticas democráticas. El imaginario priísta que olvida que la alta burocracia ha sido el partido real que ha gobernado a México en las últimas décadas, anuncia bien una transición democrática o una lucha de facciones.

Así, la dificultad de volver a los orígenes y restablecer los viejos consensos, coloca al país en una disyuntiva: éste se encuentra, como en las últimas décadas del siglo XIX, entre la fragmentación, el autoritarismo o la verdadera democracia. En las circunstancias actuales, las perspectivas del ritual sucesorio están muy cerca del camino por el que transita la historia del país: un ritual electoral o el resquebrajamiento de ese orden ritualístico; la modificación de una arraigada subcultura política o su permanencia.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, 1989, *A la sombra de la Revolución mexicana*, Cal y Arena, México.
- Almazán, J. Andreu, 1941, *Memorias del General Juan Andreu Almazán*, Quintana Impresor, México.
- Bourdieu, Pierre, 1982, "Los ritos como actos", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 43, junio.
- Bourdieu, Pierre, 1991, *El sentido práctico*, Taurus Ediciones, Madrid.
- Burling, Robbins, 1974, *The Passage of Power. Studies in Political Succession*, Academic Press, Nueva York y Londres.
- Camp, Roderic, 1976, "El sistema político mexicano y las decisiones sobre el personal político", *Foro Internacional*, núm. 17, vol. 65, México, pp. 51-81.
- Camp, Roderic, 1983, *Los líderes políticos en México*, FCE, México.
- Centeno, Miguel Ángel, 1994, *Democracy Within Reason. Technocratic Revolution in Mexico*, The Pennsylvania State University Press, pp. 53-54.
- Contreras, Ariel José, 1977, *México 1940: industrialización y crisis política*, Siglo XXI Editores, México.
- Córdoba, Arnaldo, 1973, *La política de masas del cardenismo*, Era, México.
- Cosío Villegas, Daniel, 1975, *La sucesión presidencial*, Joaquín Mortiz, México.
- Estrada Correa, Francisco, 1988, *Henriquismo, el arranque del cambio*, Costa Amic Editores, México.
- Falcón, Romana, 1978, "El surgimiento del agrarismo cardenista. Una revisión de las tesis populistas", *Historia Mexicana*, vol. XXVII, núm. 107, enero-marzo, México, pp. 333-386.
- Falcón, Romana, 1984, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí. 1910-1938*, Colmex, México, pp. 11-20.

- Furtak, Robert K., 1978, *El partido de la Revolución y la estabilidad política en México*, UNAM, México.
- Garrido, Luis Javier, 1982, *El partido de la Revolución institucionalizada*, Siglo XXI Editores, México.
- González Casanova, Pablo, 1981, *El Estado y los partidos políticos en México*, Era, México.
- González del River, Leticia, 1994, "La oposición almazanista y las elecciones de 1940", *Historia y Grafía*, núm. 3, Universidad Iberoamericana, México, pp. 11-33.
- Gruzinski, Serge, 1990, *La Guerre des Images: de Christophe Colomb a "Blade Runner"*, Fayard, París.
- Guerra, François Xavier, 1988, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, FCE, México.
- Hansen, Roger, 1980, *The Politics of Mexican Development*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Lajous, Alejandra, 1979, *Los orígenes del partido étnico en México*, UNAM, México.
- Lerner, Bertha y Susana Ralsky, 1976, *El poder de los presidentes. Alcances y perspectivas (1910-1973)*, IMEP, México.
- Lomnitz, Larissa, 1994, "Las relaciones horizontales y verticales en la estructura social urbana de México" en *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*, Flacso, México.
- Lomnitz, Larissa, Claudio Lomnitz e Ilya Adler, 1990, "El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en 1988", *Nueva Antropología*, vol. IX, núm. 38, México, octubre, pp. 45-82.
- Lomnitz, Claudio, 1995, "Ritual and Polity in Mexico: Towards a Geographic Approach", septiembre (mimeo.).
- Loyola, Rafael, 1994, "Ezequiel Padilla: un camaleón posrevolucionario", *Historia y Grafía*, núm. 3, Universidad Iberoamericana, México, pp. 35-60.
- Loyola, Rafael, 1995, "Liberalización y democracia en México", Flacso, México, (mimeo.).
- Marván Laborde, María, 1992, "La ideología de la transición y la elección de Luis Echeverría", en Carlos Martínez Assad (coord.), *La sucesión presidencial en México, 1928-1988*, Nueva Imagen, México.
- Nuncio, Abraham, 1987, *La sucesión presidencial de 1988*, Grijalbo, México.
- O'Gorman, Frank, 1992, "Campaign Rituals and Ceremonies: The Social Meaning of Elections in England 1780-1860", *Past and Present, a Journal of Historical Studies*, núm. 135, mayo.

- Pellicer, Olga, 1977, "La oposición en México: el caso del henriquismo", en *Las crisis en el sistema político mexicano (1928-1977)*, Colmex, México.
- PRI, 1987, *Documentos básicos*, Secretaría de Divulgación Ideológica, México.
- Ramírez Jácome, Gilberto y Emilio Salim Cabrera, 1987, *La clase política mexicana*, EDAMEX, México.
- Schmidt, Samuel y Jorge Gil-Mendieta, 1995, *The Political Network in Mexico*, México, IIMAS, UNAM, preimpreso núm. 31, junio.
- Schmidt, Samuel, 1992, "The Historical Development of Mexico's Network of Power", ponencia presentada en el XVII International Congress Latin American Studies Association, Los Ángeles, CA., septiembre.
- Servín, Elisa, 1994, "El henriquismo: ¿militares a la oposición?", *Historia y Grafía*, núm. 3, Universidad Iberoamericana, México, pp. 61-76.
- Sirvent, Carlos A., 1975, "La movilidad política sexenal: los secretarios de Estado y el presidente de la república, 1958-1975", *Revista de Estudios Políticos*, vol. I, núms. 3-4, México, septiembre-diciembre.
- Smith, Peter, 1975, "La movilidad política en el México contemporáneo", *Foro Internacional*, vol. XV, núm. 3, México, enero-marzo.
- Turner, Víctor, 1974, *Dramas, Fields and Metaphors*, Cornell University Press, Ithaca.
- Turner, Víctor, 1980, *La selva de los símbolos*, Siglo XXI Editores, México.
- Van Gennep, Arnold, 1969, *Rites de Passage*, Johnson Reprint, Nueva York.